A su buen amigo Manuel Suárez García:

Dionisio

DELGADO

NUESTRO COMPAÑERO EN LA PRENSA

NUESTRO COMPAÑERO EN LA PRENSA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Representada por primera vez
en el Teatro Principal de San Sebastián, por la compañía del de
Lara de Madrid, el día 25 de Agosto de 1911.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1911

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Teresa	D.ª Concepción Ruiz.
El marqués de Serrada.	D. Francisco Palanca.
Manolo Velasco	» Francisco Barraycoa.
Gálvez	» Alfonso Muñoz.
Gamboa	» Luis Manrique.
Montero	» Alberto Romea.
Gaspar	» Fernando Delgado.
Isidro	» Antonio Pérez Indarte

La acción en un pueblo de la sierra de Guadarrama, cercano á la vía férrea.

Derecha é izquierda las del actor mirando al público.



ACTO PRIMERO

Sala pequeña en casa del marqués de Serrada, en Villarejo de los Pinos. Muebles modestos, pero de buen gusto. Dos ventanas grandes al foro y dos puertas con portiers á la izquierda. Mesa junto á la pared del foro. Derecha, primer término, chimenea encendida, y sobre la repisa un gran quinqué de petróleo. Primer término, izquierda, cerca de la primera puerta, mesa de tresillo, y sobre ella cestillos de fichas y dos velas apagadas.

ESCENA PRIMERA

El MARQUES, arrellanado en un sillón junto á la chimenea, fumando un puro y leyendo tranquilamente *El Eco de Avila*.—TERESA, colocando delante del sillón una mesita volante y sobre ella una taza de café.

MARQ. ¿Siguen cayendo copos?

TER. Sin parar. Debe de haber en las calles una cuarta de nieve.

MARQ. Por variar. Así nos pasamos todo el santo invierno. (En este momento Teresa coloca la taza.)

TER. ¿Jugarán ustedes al tresillo esta noche?

MARQ. Lo dudo, porque no se atreverá á venir nadie. Estos señores de pueblo se asustan de todo, y cualquier pretexto les parece de perlas para acostarse al mismo tiempo que las gallinas. Sin embargo, enciende las velas.

Me entretendré yo haciendo solitarios, para alimentar la ilusión de que me divierto mucho. (Pausa. Teresa enciende las velas de la mesita de tresillo. El Marqués reanuda la lectura.)

TER. (Sí que la noche está de perros. ¿Quién va á salir de casa?... ¿Eh? me parecía que habían llamado. Esa Martina está tan sorda que será capaz de tardar una hora en abrirle Pero no; no vendrá él tampoco.) (Alto al Marqués.) Pero, señor, no lea usted después de comer, que le va á hacer daño.

MARQ. No temas; éste es un postre completamente inofensivo. Trata sólo de intereses locales y no se ha metido conmigo todavía, por lo cual es el único que llega sin obstáculo á este retiro, que no me atrevo á llamar apacible. Los otros.. ¡fuego en ellos!, me han hecho mucho daño, efectivamente; pero no porque yo los haya leído después de comer, sino porque los ha leído todo el mundo á todas horas y los ha creído como si fueran capítulos del Evangelio Pero éste es otra cosa; éste es una inocente palomita mensajera que me trae las noticias con el retraso suficiente para que no puedan interesarme, y además me proporciona el placer de admirar á tu novio.

TER. ¿Mi novio? ¡Demasiado sabe usted que no lo tengo!

MARQ. ¡Ah! ¿la noticia es reservada todavía? Pues lo diré de otra manera: el placer de admirar al secretario del Ayuntamiento, que como literato me encanta. Tiene una concisión de estilo, un vigor de frase y una profundidad de concepto que le colocan al nivel de los clásicos.

TER. Vaya, no se burle usted del pobrecillo.

MARQ. Pobrecillo ¿eh? Te digo que la carta de hoy no debía publicarse en *El Eco de Avila*, sino esculpirse en mármoles y bronces. Mira, mira cómo pone la pluma el pícaro.

TER. Por Dios, señor; déjele usté en paz.

MARQ. Escucha, escucha: (Leyendo.) «Villarejo de

los Pinos, veintiséis de Diciembre. Ultimos precios del mercado de hoy: Trigo, doce pesetas fanega. Avena, cinco. Algarrobas, nueve. Queso, cero noventa kilo. Encalmados. El corresponsal.» ¿Eh? ¿qué tal? ¡No lo hubiera dicho mejor Cervantes!

TER. Pero, señor, si á mí no me importa.

MARQ. ¿No, eh? Pues porque creo que te importa es por lo que le permito que venga aquí á dirigirte miradas lánguidas y de paso me lleve la contra en el tresillo, y me dé codillo en cuanto pueda sin respetar mi importancia política. Por cierto que estas cosas no se ven más que en los pueblos. Si se supiera que el marqués de Serrada, ex ministro de Hacienda y ex columna firmísima de su partido, se pasaba las noches jugando á las cartas con el futuro esposo de su ama de llaves... ¡qué bonita caricatura iban á hacer los periódicos satíricos con monos!

TER. No insista usted en llamarle mi futuro esposo.

MARQ. ¿Querrás hacerme creer que prefieres al otro que también te ronda, á Gasparito, el hijo del alcalde?

TER. (Rápidamente.) No; no, señor.

MARQ. ¡Hola! Parece que ahora has protestado con más viveza. Pues á mí los dos me son por igual aborrecibles.

TER. ¿Por qué?

MARQ. ¿Quieres que te diga la verdad? Pues... porque no tengo familia.

TER. No comprendo.

MARQ. Si yo tuviera mujer, hijos, aunque fuera un solo sobrino de los que envía el diablo... ¡valiente cosa me importaríais tú, el secretario y Gasparito! Pero estoy solo completamente, necesito una persona que sufra mis rarezas y aguante impávida el chaparrón de mis monólogos. En cuanto uno de esos bergantes te eche la zarpa y te lleve consigo, aquí me quedo yo con la sorda, que ni para escucharme sirve.

TER. ¡Qué bueno es usted!

MARQ. No; no es bondad, es egoísmo. A la muerte de tu padre, mísero empleado de escaso sueldo que se fué al otro mundo dejándote el día y la noche, compadecido te tomé á mi servicio cuando eras una niña... ¡No! no me arrepiento. Gracias á ti he podido prescindir de criados que me robaban descaradamente y de amas de llaves que se me subían á las barbas, y tan á mi satisfacción cumples tus deberes que no me he atrevido á relevarte de ellos por el temor de no encontrar quien me sirva.

TER. ¡Pero si yo no pienso separarme de usted nunca!

MARQ. Pero tu marido lo pensará en cuanto lo sea. A ningún hombre independiente le agrada el papel de criado consorte, por mucho que se quiera disimular el cargo. Hay otra razón además. Al que podría convenirte, á Gaspar, que tiene bueyes y tierras, tú no le puedes ver ni pintado; y el otro, de quien sospecho que te gusta, no te conviene de ninguna manera.

TER. ¿Por qué?

MARQ Porque no podríais estar como unos reyes con los cuatro mil reales de la secretaría, me parece á mí. Y menos administrándolos él, un tarambana manirroto que en un mes tiró por la ventana lo que heredó de sus padres, y tuvo que venir á ponerse á las órdenes de los patanes más patanes de Villarejo.

TER. Verdad que cuatro mil reales es muy poco; pero como él tiene otra profesión...

MARQ. ¿Sí? ¿Cuál?

TER. Ya sabe usted que es periodista, y eso, tarde ó temprano...

MARQ. ¡Ni temprano, ni tarde, ni nunca! ¡Habráse visto atrevimiento! ¡Pues no dice que es periodista un desdichado que no ha escrito ni escribirá nunca más que el precio del queso!... No, hija, no; afortunadamente, tu novio no es periodista.

TER. ¿Cómo afortunadamente?

MARQ. Porque no hay rival más temible que la letra de molde. Subyuga y domina de tal modo al que á ella se entrega, que no le deja corazón ni alma para cosa alguna. Es su único amor, su obsesión constante, el exclusivo objeto de sus afanes y sus ansias. ¡Era lo que te faltaba para ser desgraciada con tu marido!

TER. Pero, señor...

ESCENA II

DICHOS.—GASPAR.

GASP. (Apareciendo en la segunda izquierda.) ¿Hay permiso?

MARQ. Adelante. (Teresa aparta de la chimenea la mesita volante y recoge la taza.)

GASP. Felices, señor Marqués. Buenas noches, Teresa.

TER. (Secamente.) Buenas noches.

MARQ. ¿Usted por aquí á estas horas, Gasparito? ¿Qué ocurre?

GASP. Vengo en lugar de mi padre. (Por Teresa.) (¡Qué mona es!)

TER. (Yéndose con el servicio de café por la segunda izquierda.) (¡Desgraciada! ¿Por qué había yo de ser desgraciada?)

MARQ. ¿En lugar de su padre?

GASP. Sí, señor, sí. Con permiso de usted voy á acercarme á la chimenea para desentumecerme un poco. Los dichosos copos pinchan como alfileres.

MARQ. Pero, hombre, ¿por qué se ha molestado usted?

GASP. No es molestia; al contrario. Como ya sabemos que usted no puede dormir con tranquilidad si no echa antes unas manitas al tresillo, mi padre que no puede venir esta noche, me ha dicho: «Gaspar, anda, vete á ha-

cer la partida al señor Marqués » Y aquí me tiene usted á su disposición.

MARQ. ¿Que no puede venir? Pues ¿qué le pasa al señor alcalde?

GASP. Está de comida diplomática.

MARQ. ¿Cómo diplomática?

GASP. Sí, señor. El gobernador nos ha mandado un comisionado de apremios. ¿No ve usted que se acercan las elecciones?

MARQ. Entendido

GASP Y mi padre, como de costumbre, ha convidado á comer inmediatamente al comisionado para enseñarle las cuentas á los postres.

MARQ. Vamos, sí (La forma primitiva del soborno.)

GASP. Yo les he dejado en la ensalada de pimientos, que es el plato favorito del autor de mis días. Con cualquier pretexto se atraca de la dichosa ensalada, aunque yo le tengo pronosticado que se queda en una. De modo que ya se sabe: elecciones en puerta, comisionado á la vuelta; pimientos al canto, cólico del alcalde y el médico en danza... ¡Mire usté por qué ocultos senderos vienen á fastidiar al pobre don Policarpo los trastornos políticos!

MARQ. ¿De modo que usted cree que tampoco el médico vendrá esta noche?

GASP. Y si viene le llamarán en seguida.

MARQ. ¡Pues no sé cómo vamos á jugar al tresillo los dos solos!

GASP. Es que el secretario no faltará, de seguro. ¡Qué ha de faltar!

MARQ. ¿Pues no tiene que presentar las cuentas?

GASP. ¡Cá! ¡Las cuentas se las presenta al comisionado mi padre solo! Así acaban más pronto, como usted comprende.

MARQ. ¡Vaya si comprendo! Pues... le agradezco á usted muy de veras el sacrificio, porque..., efectivamente, de tal modo me he acostumbrado á pasar un par de horas con la baraja después de la cena, que hasta de hacer castillos de naipes me siento capaz, si no se me ocurriera otra cosa. ¿Pero, usted sabe jugar?

GASP. ¿Que si sé? ¡Mucho mejor que mi padre! ¿No

ve usted que he sido estudiante en Madrid cuatro años?

MARQ. ¿Sí?

GASP. Sí, señor; mi padre se empeñó en que fuera boticario, pero no acabé el bachillerato siquiera. No me tiraba eso.

MARQ. ¿Pues qué le tiraba á usted?

GASP. La literatura. Y me volví al pueblo á dedicarme á ella enteramente. He publicado ya muchas cosas en los periódicos.

MARQ. ¡Caramba! ¿A que salimos con que es usted periodista también?

GASP. No; periodista, no. Colaborador de la sección amena nada más. Hago logogrifos, rombos, copas numéricas...

MARQ. ¿Copas?

GASP. Sí; de esas que dicen: «Sustitúyanse los puntos por letras que, leídas horizontal y verticalmente, den por resultado... etc., etc.» ¡Es un género muy difícil!

MARQ ¡Ya lo creo!

GASP. Pero yo he llegado á ser una especialidad. ¿No ha leído usted: «Anagrama remitido por *Los de la baticola*?»

MARQ. Sí.

GASP. Pues uno de los de la baticola, soy yo.

MARQ. ¡Hombre! ¡Qué feliz hallazgo!

GASP. De modo que usted, que se retiró de la vida pública huyendo de la prensa...

MARQ. Sí; he venido á pasar las veladas con uno de la baticola Ya lo veo.

GASP. Como que la prensa está en todas partes; y siempre resultará inútil esa manía de aislamiento, y usted perdone.

MARQ. No es manía, joven. Es una medicina del alma que usted no es capaz de comprender. El mundo me ha acribillado de heridas, y necesito curármelas fuera del alcance del enemigo.

GASP. Pero, señor Marqués, ¡si ya nadie se acuerda de aquéllo!

MARQ. Nadie, mientras viva alejado del trato de las gentes. Pero en cuanto saliera de este volun-

tario ostracismo, resurgiría, como por arte de encantamiento, aquella maldita campaña de difamación y de escándalo, y los ciudadanos pacíficos me señalarían con el dedo diciéndose en voz baja: «Ahí va el marqués de Serrada, el que quiso comerse aquellos milloncejos de la nación.»

GASP. Pero, ¡por Dios! ¿quién ha creido jamás semejante cosa?

MARQ. ¿Quién? ¡Todos! La multitud, la masa, que necesita y exige pruebas para aquilatar y reconocer las acciones meritorias y nobles, y ni las pide ni las quiere para dar por ciertos cuantos hechos punibles ó indignos se atribuyan á los hombres públicos. Yo abandoné la paz de mi hogar porque creí servir á mi país poniendo en práctica un vasto plan financiero elaborado en interminables horas de meditación y de estudio. En cuanto desde el Poder lo hice público, todos los rutinarios, todos los perjudicados por las reformas, todos mis enemigos políticos, se revolvieron furiosos y dispuestos á combatirme con todas las armas, pero no cara á cara y noblemente, sino á traición y por sorpresa. Empezó la murmuración en los corrillos; se extendió convertida en calumnia por los círculos políticos, por los casinos de recreo, por las redacciones de los periódicos. La prensa entera, creyendo recoger fielmente las palpitaciones de la opinión y sin dar á aquéllo más importancia que la de un folletín interesante, lanzó á los cuatro vientos la especie de un negocio colosal que yo intentaba en beneficio propio. La gente, que no tiene más opinión que la que le dan hecha, me tuvo desde aquel punto y hora por un pícaro redomado ó por un descarado amparador de irregularidades estupendas, y cuando quise percatarme ya me habían pintado en las cajas de cerillas con un saco de dinero á la espalda, huyendo como si me llevara el diablo y perseguido por dos guardias civiles.

GASP. ¡Qué barbaridad!

MARQ. Ni más ni menos. Y yo, que había sacrificado mi salud y mi fortuna por lo que creía el bien público, tuve que presentar mi dimisión y retirarme avergonzado á este pueblecito de la sierra, como si hubiera cargado efectivamente con el costal de los millones.

VELASCO. (Dentro.) Demasiado siento yo no haber podido venir antes.

MARQ. Ahí está el secretario.

GASP. Sí; dando explicaciones á Teresa.

ESCENA III

DICHOS.—VELASCO.—Al fin TERESA.

VELASCO. (Saliendo por la segunda izquierda con un rollo de papeles bajo el brazo.) Y á ustedes sin que me las pidan. (¿Qué hará aquí este zanguango?) Señor Marqués, á sus órdenes. Perdone usted el retraso, pero...

MARQ. No tiene usted que decirme nada. Sé que ha venido el comisionado de apremios.

VELASCO. Efectivamente; ahí le tenemos para lo que gustemos mandarle, que yo le mandaría que se volviera á marchar inmediatamente.

MARQ. Pero, hombre, si usted debía agradecerle la visita...

VELASCO. ¿Yo? ¿Por qué?

MARQ. Porque tiene usted una noticia de importancia que enviar á *El Eco*.

VELASCO. No se burle usted, Marqués; demasiado sé yo que esa no es importante. La importante sería la otra, la gorda, la que usted no me permite que dé por el afán de que no adelante en mi carrera.

GASP ¡Cómo! Pero ¿pasa en el pueblo algo extraordinario?

MARQ. Nada, hombre; ¡qué ha de pasar! Pero el señor Velasco no vive ni sosiega hasta no escribir á su periodiquito: «Se encuentra entre

nosotros un ilustre hombre público, ministro de Hacienda que fué en tiempos no lejanos, cuyos proyectos levantaron gran polvareda, y cuyo nombre no estamos autorizados á revelar por ahora.» Verde y con asas .. yo.

GASP. ¡Caramba! y ¿qué tendría de particular?

VELASCO. Eso; no sé por qué se opone.

MARQ. Porque no quiero que lo sepa nadie; porque en cuanto lo sepa me voy á los Picos de Europa á jugar al tresillo con las águilas.

GASP. Pues conste que á mí, en el caso del Marqués, me importaría un rábano que usted dijera lo que le diera la gana en *El Eco*.

VELASCO. ¿Por qué?

GASP. Porque no lo lee nadie.

MARQ. (¡Adiós! Pique profesional tenemos.)

VELASCO. ¿Cómo nadie? ¡Y es el único que entra en esta casa!

MARQ. Por eso precisamente. Y empiece usted á barajar, y no se hable más del asunto

VELASCO. ¿Barajar? ¡Qué más quisiera! Pero he venido como el del cuento, á decir que me marcho.

MARQ. ¡Hombre, eso no puede ser! ¿Me dejan ustedes sin partida esta noche?

VELASCO. No, señor; porque voy á casa del alcalde á dejar estos papeles y vuelvo en seguida. Está á dos pasos.

MARQ. Pero, hombre, haberlos dejado desde luego sin venir á decirlo.

VELASCO. Es que he querido tranquilizar á usted por mi tardanza.

GASP. (Sí; y ver á Teresita dos veces.)

MARQ. Pues ande usted y no tarde mucho. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

VELASCO. Hasta luego. (Al salir por la segunda izquierda entra Teresa. Hablan aparte en la puerta.)

TER. ¿Cómo es eso? ¿Te vas? ¿No te quedas esta noche?

VELASCO. Sí; volveré pronto. Pero antes quisiera decirte una cosa.

TER. ¿Cuál?

VELASCO Que no me gusta que esté aquí Gasparito.

TER. ¿Por qué?

VELASCO. No sé; pero no me gusta.

TER. A mí tampoco.

VELASCO. ¿De veras?

TER. De veras.

MARQ. Vamos, señor de Velasco; que corre prisa.

VELASCO. Voy, voy al momento. (Vase.)

MARQ. (A Teresa.) ¿Qué ocurre?

TER. Ahí está la mujer del veterinario.

MARQ. ¿Qué quiere á estas horas?

TER. Dice que su hijo se marcha á Logroño y viene á recoger la carta de recomendación que usted la ha prometido.

MARQ. ¡Es verdad! Y no la he escrito todavía. Di que vuelva mañana.

TER. Es que dice que el chico se va en el tren de esta noche.

MARQ ¡Vaya por Dios! Que espere un poco. Gaspar... con su permiso.

GASP. Es usted muy dueño; ¡no faltaba más! (Vase el Marqués primera izquierda.)

ESCENA IV

TERESA.—GASPAR.

GASP. (A Teresa, que hace medio mutis.) ¡Cómo! pero ¿usted también se marcha?

TER. Sí; voy á decir á esa mujer que aguarde.

GASP. Ya aguardará ella sin que usted se lo diga, puesto que no la han dado la carta.

TER. Pero como aquí no tengo nada que hacer...

GASP. ¿Cómo que no? Tiene usted que acompañarme, puesto que estoy de visita.

TER. La visita no es para mí.

GASP. ¿Que no? Demasiado sabe usted que no he venido más que por verla, como siempre que se presenta ocasión.

TER. Muchas gracias.

GASP. Las de usted. Pero la advierto que no lo digo por decir.

TER. ¿No?

GASP. No, señora. Aquí no andamos con arrumacos ni entendemos de galanterías. Lo que sentimos y nada más.

TER. Casi es mejor eso. Y supongo que irá usté á parar á alguna parte con ese preámbulo.

GASP. Voy á parar á... lo del principio: á decirla que no vengo nunca más que por verla, porque tengo muchísimo interés, cosa que usted, que es lista, debe de haber comprendido hace bastante tiempo.

TER. ¡Vaya por Dios! Pues no seré tan lista como usted se figura, porque no he comprendido nada.

GASP. ¿No? Pues, mire usted, entonces... yo creo que lo mejor será hablar claro.

TER. Sí; lo mejor será eso.

GASP. Ya sabe usté que yo soy hijo único, y que mi padre tiene tres pares de labranza.

TER. Lo celebro mucho.

GASP. Y además... para acabar de una vez, ¡ea!; que ya se lo he dicho á mi padre.

TER. ¡Ah! ¿pero es que el señor alcalde no sabía que tenía un hijo y tres pares de mulas?

GASP. No se burle usted, que no ha sido eso.

TER. Pues ¿qué ha sido?

GASP. Lo otro. Lo del interés que usté me inspira.

TER. Ha hecho usted mal.

GASP. ¿De veras?

TER. De veras. Antes ha debido usted averiguar si ese interés me agrada.

GASP. Pues eso es lo que quisiera, saberlo.

TER. Adivínelo usted, que sabe hacer y descifrar charadas y enigmas.

GASP ¿Bromea usted? ¡Buena señal!

TER. ¿Buena? ¡Al contrario! Es que hay contestaciones que pueden molestar y... no se dan sin violencia.

GASP. De modo que... ¡vaya! ¡Ahora voy entendiendo!

TER. Porque no es usté tan torpe como parece.

GASP. Y mire usted, la verdad, lo siento por tener que dar la razón á mi padre.

TER. ¿Qué dice su padre de usted?

GASP. Que me estaría bien empleado que usted me rechazara, por haber puesto los ojos en persona que no es de mi clase

TER. ¡Ah! ¿el señor alcalde ha dicho eso?

GASP. Algo por el estilo.

TER. Pues sí que es verdad que no entienden ustedes de galanterías. (Medio mutis primera izquierda.)

GASP. ¡Cómo!, ¿se va usted?

TER. A avisar al señor Marqués, para que le dé la respuesta que merece.

GASP. Pero oiga usted, Teresa.

ESCENA V

DICHOS.—VELASCO.

VELASCO. ¡Eh! ¿qué es eso?

GASP. (¡Qué pronto ha dado la vuelta éste! ¡Ni que volara!)

TER. No, nada. No es nada. Que este Gasparito tiene unas bromas...

VELASCO. Parece que está usted nerviosa, agitada...

GASP. Es que... Teresita tiene también algunas veces ganas de burlarse.

VELASCO. (A Gaspar.) Vaya usted á su casa inmediatamente.

GASP. ¡Eh!

VELASCO. Su padre se ha puesto malo al concluir la cena, y es necesario que busque usté al médico.

GASP. ¿No lo dije? ¡Ya está ahí la ensalada!

VELASCO. Será lo de costumbre, es decir, poca cosa. Pero hace falta don Policarpo.

GASP. Pues allá voy. Y lo siento ahora más que nunca.

VELASCO. ¿Por qué?

GASP. Por... por el tresillo del señor Marqués. Pero volveré si puedo. Dígaselo usté así, ¿eh?

VELASCO. Descuide usté.

GASP. Pues hasta luego. (Mi padre pimientos, yo calabazas... Hortalizas se dan esta noche en el huerto de la familia.) (Vase segunda izquierda.)

ESCENA VI

TERESA.—VELASCO.

VELASCO. ¿Qué ha pasado aquí? Digo, si es que crees que tengo algún derecho para preguntarlo.

TER. No faltaba más. Pero no ha pasado nada; lo de siempre: que Gaspar...

VELASCO. Ha vuelto á machacar en hierro frío, ¿no es eso?

TER. Sí, claro.

VELASCO. Pero esta vez te encuentro más incomodada que nunca.

TER. Porque esta vez la insinuación ha estado muy cerca de la ofensa.

VELASCO. ¡Eh! ¿Cómo?

TER. No, no es lo que te figuras. Lo ocurrido es casi natural... ¡Qué se le ha de hacer!

VELASCO No te entiendo.

TER. Pues es muy fácil. No ha sido ese majadero el culpable, sino la situación en que me encuentro.

VELASCO. Acaba de una vez.

TER. ¡Si ello no vale la pena! Que estoy sola en el mundo, sin familia, sin porvenir, sin verdadero apoyo... y debo resignarme á que me consideren como lo que soy: como una criada á quien puede despedir el amo.

VELASCO. Tienes razón. Perdóname, Teresa.

TER. ¿Por qué?

VELASCO. Porque no es Gaspar, sino yo, quien tiene la culpa.

TER. ¿De su grosería? ¿Tú?

VELASCO. Sí, yo; porque no he sido franco; peor aún: porque he sido cobarde. Porque sin querer

te he hecho un agravio parecido al de que te quejas.

TER. Ahora soy yo la que no comprende.

VELASCO. Me entiendes de sobra. Desde que nos conocemos hay algo misterioso que nos atrae, que nos empuja al uno hacia el otro, como si Dios, al juntar en este rincón del mundo á la pobre huérfana recogida por caridad en casa del magnate y al último vástago de una familia venida á menos, se hubiera propuesto hacer el milagro de forjar una felicidad con dos desventuras. ¿No crees tú lo mismo?

TER. Cuando tú lo dices...

VELASCO. ¡Si está más claro que la luz! Tú te entristeces y apenas cuando yo no vengo, yo me desespero y sufro cuando no puedo hablarte, y, sin embargo, he sido tan necio que me he empeñado en figurarme que era juego de niños lo que era algo más hondo, más verdadero y más grande.

TER. ¿Y si estuvieras equivocado ahora?

VELASCO. Si lo estuviera, ¿crees tú que me habría resignado á vivir en esta cárcel? ¡Pues no hace tiempo que hubiera mandado á paseo la secretaría y me hubiera lanzado por esos mundos á romperme la cabeza contra la mala suerte ó á abrirme paso á fuerza de energía y de audacia!

TER. ¿De veras?

VELASCO. Y tan de veras. Como que poco á poco se me ha ido metiendo en el alma la idea de un amor eterno, suave y tranquilo, y me han ido pareciendo tonterías sin substancia las aventuras que antes eran mi sueño.

TER. ¿Estás seguro?

VELASCO. Seguro estoy. Por ti y contigo comprendo y deseo una vida de paz en el destierro de estas montañas cubiertas de nieve, y aguantaré á todos los alcaldes de monterilla presentes y futuros, y reduciré mis aspiraciones á pasear bajo el pórtico de la iglesia. ¡La suerte está echada! Desde esta noche se acabaron los apretones de mano al abrir la

puerta y los piropos dichos en secreto como si fueran crímenes. ¡Nos querremos francamente y á la luz del día!

TER. Como debe ser.

VELASCO. Justo, como debe ser; y si el hijo del alcalde se muere de rabia. ¡Dios le haya perdonado! Mañana mismo sabrá la noticia el pueblo entero, y en seguida...

TER. No; antes que nadie el Marqués. A él debo cuanto soy y no haré nada sin su consejo.

VELASCO. Bien, pues ahora mismo voy á su despacho. Estas situaciones se resuelven de plano y pronto. El atrevimiento de Gaspar exige remedio inmediato.

TER. ¿Qué vas á hacer?

VELASCO. Comunicarle mi decisión y pedirle consentimiento.

TER. ¿Y si lo negara?

VELASCO. No puede en buena ley; pero yo le convenceré sin duda. Y sabrás el resultado esta misma noche.

TER. ¿Cómo?

VELASCO. Sí; para dar la debida importancia al acto vendré á verte luego, cuando se haya disuelto la tertulia.

TER. ¿Qué dices?

VELASCO. No te asustes, mujer. No pretendo entrar en la casa. Hablaremos por la reja. Te rondaré como los mozos á las muchachas de Villarejo.

TER. ¡Qué disparate! ¡Nevando si Dios tiene qué!

VELASCO. Mejor. Así será mayor la prueba de cariño. ¡Qué dulce y qué larga va á ser nuestra primera conversación de novios!

ESCENA VII

DICHOS.—El MARQUÉS.

MARQ. Aquí está la carta. (Entrega una á Teresa.) ¡Ah, señor de Velasco! muchas gracias por haber vuelto pronto, aunque ya veo que no ha sido por mí precisamente. (Vase Teresa segunda iz-

quierda.) Pero ¿dónde se ha ido el ganso del hijo del alcalde?

VELASCO. A su casa. Su padre se ha sentido indispuesto.

MARQ. Vamos, sí; las cuentas. ¡Dichoso tresillo el de esta noche! ¡Todo se vuelve dificultades!

VELASCO. Ha prometido volver si, como suponemos, lo de la ensalada no es cosa de cuidado. Y yo me alegro de su ausencia, porque tengo que tratar con usted de un asunto importante.

MARQ. ¿Y urgente?

VELASCO. Mucho.

MARQ. Hable usted.

VELASCO. Pues... sin preámbulos, porque no se necesitan. Señor Marqués, tengo el honor de pedir á usted la mano de Teresa.

MARQ. ¡Hombre! ¿Así, de escopetazo?

VELASCO. Pero con toda la solemnidad que el acto requiere.

MARQ. Y ¿á mí? ¿Por qué? No tengo sobre Teresa derecho alguno.

VELASCO. Para mí los tiene usted todos. Es usted toda su familia, y á usted me dirijo.

MARQ. Le agradezco esa prueba de confianza, y voy á corresponder contestándole con entera franqueza. Ese proyecto de usted me parece un disparate.

VELASCO. ¿De veras?

MARQ. De veras. Porque usted, como tresillista, es una persona excelente...

VELASCO. Entonces...

MARQ. Pero ha sido usted una bala perdida.

VELASCO. No importa; los amillaramientos me han hecho sentar la cabeza. Y si algún pecado cometí, de sobra me ha castigado la suerte.

MARQ. ¿Sí? ¿cómo?

VELASCO. ¡Ah! ¡Usted no comprende el suplicio de un hombre que ha nacido para hacer grandes cosas en el periodismo, que se siente capaz de revolver el mundo con su pluma y que se encuentra encadenado á la roca de esta paz olímpica y sujeto á la argolla de la entrada y salida de cereales!

MARQ. ¿Ve usted? ¿Quién dice que con esa manía de grandezas no levanta usted el vuelo el dia menos pensado, arrastrando á su mujer á ese hervidero de luchas y pasiones con que sueña usted todavía?

VELASCO. Tranquilícese usted, que no hay nada de eso. Comprendo que ese temor nace principalmente de su aversión al periodismo, y aunque es verdad que yo me siento con fuerzas para acometer empresas grandes dentro de la profesión que ejerzo...

MARQ. ¿Que ejerce usted..? ¡Hombre! Estoy por contestarle como el novelista del cuento «¡Atomo!»

VELASCO. Llámeme usted lo que quiera, pero demasiado sabe usted que ningún átomo es despreciable. Muchos forman una montaña, y en la vida moderna la prensa es el más poderoso acicate de la actividad humana, el más rápido vehículo de las ideas y el auxiliar más poderoso para el avance hacia la paz y la fraternidad universales...

MARQ. ¡Vaya por Dios! ¡Pues no me está endilgando un artículo de fondo!

VELASCO. ¡Dios me libre!

MARQ. Pero, vamos á ver: y aunque así fuera, usted ¿qué pito toca en semejante concierto?

VELASCO. ¡Ah, señor Marqués! Las ruedas grandes y pequeñas son igualmente indispensables para el funcionamiento de la máquina que mueve el mundo, y en este importantísimo elemento social todos los factores son dignos de tenerse en cuenta.

MARQ. ¿A que venimos á parar en que es usted un héroe del progreso?

VELASCO. ¿Quién lo duda? Si heroísmo hay en el reporter de Nueva York, que penetra en los bosques africanos á difundir la civilización y la cultura, heroico es también, á su manera, el infeliz secretario de Ayuntamiento que, amarrado al yugo ominoso de sus mil pesetas anuales, emplea los ratos de ocio en andar de la ceca á la meca, por amor al arte,

hasta averiguar el precio á que ha vendido la última partida de cebada cualquier zoquete de su pueblo.

MARQ. Cosa que le importa mucho al emperador de Alemania.

VELASCO. ¿Quién sabe? Tal vez porque ha subido la cebada en Villarejo de los Pinos empiezan los turcos á degollar cristianos en Armenia.

MARQ. Sí, conozco el cuento. Pero dejémonos de divagaciones y vamos al grano.

VELASCO. Vamos allá. Ya sabe usted que en eso de granos estoy fuerte.

MARQ. Hay otra razón más convincente, porque es de índole económica. El sueldo de usted...

VELASCO. No basta para fundar una familia. Pero debo advertir al señor ex ministro de Hacienda que aún conservo restos de mis pasados esplendores.

MARQ. Ya lo sé; unas tierras en Burgos. Las venderá usted el día menos pensado.

VELASCO. No, señor.

MARQ. ¿Que no?

VELASCO. Ya las he vendido.

MARQ. ¿Lo ve usted?

VELASCO. Estoy esperando el dinero de un momento á otro, y en cuanto llegue lo empleo.

MARQ. ¿En qué?

VELASCO. En papel del Estado. Todavía tengo confianza en el Estado, aunque usted no forma parte del Gobierno. Y creo yo que con la secretaría y la renta que eso produzca...

MARQ. Basta. Estoy usando unas facultades que no tengo. Ustedes son los que han de decidirlo. Yo que, á decir verdad, estaba esperando este trance, he cumplido mi deber haciendo estas mismas reflexiones á la muchacha. Por el respeto que me tiene no he podido saber si las ha atendido; pero usted puede averiguarlo, y si están ustedes conformes... con su pan se lo coman.

VELASCO. Gracias, señor Marqués; ¿queda así decidido?

MARQ. Así queda.

VELASCO. ¡Pues ha hecho usted la felicidad de mi vida!

ESCENA VIII

El MARQUES.—VELASCO.—GASPAR.

GASP. ¿Llego á tiempo?

VELASCO. ¡Vaya! no puede usté llegar más á tiempo.

MARQ. ¿No era nada, verdad?

GASP. Casi nada. Cuando llegué estaba allí don Policarpo, que me ha autorizado para venir á hacer á usted la partida. Como á él le es imposible y sabe que usted tendría un disgusto...

MARQ. Sí, hombre, sí; y esta noche más. Parece que el diablo se ha propuesto impedir que yo duerma á gusto.

GASP. Pues, si á ustedes les parece, no perdamos tiempo. (Se sientan junto á la mesa de tresillo, Gaspar frente al público, Velasco á su derecha y el Marqués á su izquierda.)

MARQ. Todo se reduce á que prolonguemos un poco la velada.

GASP. Por mí... ¿Vamos á ver quién da? (Toma cada uno una carta y la descubre.)

VELASCO. (A Gaspar.) Usted.

GASP. (Barajando.) Pues sí, señor; yo puedo estar aquí las horas que ustedes quieran, porque mi padre tiene quien le cuide. (Al Marqués, presentándole la baraja.) Corte usted.

MARQ. Buena suerte.

GASP. (Dando cartas para tresillo, es decir, de tres en tres.) Se ha empeñado en velarle el comisionado de apremios. Lo que prueba que la Hacienda se fastidia en Villarejo esta vez. (A Velasco.) ¿Cuántas tiene usté?

VELASCO. Seis.

GASP. (Da otra ronda y todos examinan sus cartas.) Ya lo sabe usted, por si vuelve á ser Ministro del ramo.

MARQ. ¡Dios no lo quiera!

VELASCO. (Después de ver despacio sus cartas.) Hombre, ¡qué bonito! Paso.

MARQ. (Idem.) Juego.

GASP. (Idem.) Bien.

MARQ. (Después de vacilar un poco.) ¡Ea! roben ustedes copas.

GASP. ¡Caramba! ¿Un solito para empezar?

ESCENA IX

DICHOS.—ISIDRO.

ISID. (En la segunda izquierda.) ¿Dan ustedes su permiso?

MARQ. ¿Otra tecla? ¡Hombre, esto ya es intolerable! ¡Cuando hacía seis noches que no veía uno! Adelante.

GASP. ¡Calle! si es Isidro; ¿qué pasa?

ISID. Dispensen ustés si molesto; pero creí que estaría aquí el señor alcalde, y como la señá Martina no me ha dicho que no estaba ..

MARQ. Pues no ha venido.

GASP. Está un poco malo.

VELASCO. Pero estoy yo, y es lo mismo. ¿Ocurre algo?

ISID. No, señor; no es lo mismo, porque esto es cosa del alcalde.

MARQ. Pero, ¿qué es? ¡caramba!

ISID. Ná de particular, como quien dice. Que esta noche he bajao á la estación con el carricoche, y me he puesto, como de costumbre, junto á la empalizada, resguardao contra el paredón del almacén pa aguantar mejor la ventisca, mientras llegaba el exprés de las ocho y cuarenta y cinco, y...

MARQ. ¿Y qué tiene que ver el alcalde con eso? Roben, roben ustedes.

ISID. Ahí voy. Pues que á la hora justa empezó á sonar por junto á las trincheras de Cascajares el ron ron, ron ron, ron ron del tren, y

el pua puaf, pua puaf, pua puaf de la máquina resoplando con mucho trabajo pa subir la cuesta; por cierto que estando entoavía á más de una legua paecía que todo aquello lo tenía uno encima mismamente.

VELASCO. (Lástima que no fuera verdad, ladrón!)

MARQ. Pero ¿vas á acabar, con dos mil demonios?

ISID. Ahí voy. Pues, señor, que me dije: «Ahí está el tren.» Y en seguida le sentí entrar en el túnel de Pedreño, que saben ustés que cae á quinientos pasos de la estación, uno más, uno menos.

MARQ. Y entró, ¿y qué?

ISID. Ná; que á poco de entrar se oyó bajo tierra un chasquido muy grande como si toa la montaña se viniera abajo. Yo me quedé más helao de lo que estaba, y me estuve un rato escuchando á ver si el tren salía.

LOS TRES. ¿Y qué?

ISID. Pues... que no salió. (Todos se levantan dejando las cartas sobre la mesa, y escuchan con interés creciente.) Como ustés comprenden, en seguida echamos á correr el jefe, el factor, yo y el guardabujas con los farolillos de la estación y en cuatro zancadas nos metimos en la cueva, que estaba llena de humo. Allá, hacia la mitá, nos encontramos la máquina empotrada en la paré, soplando como si se quejara del golpe, la carbonera patas arriba, el furgón de equipajes hecho un acordeón, cuatro ó cinco coches astillaos con las ruedas partidas y los ejes retorcidos, y entre todo aquéllo un tumulto de voces que daban compasión y de gritos que daban espanto.

GASP. ¿Hay muchos heridos?

ISID. Por fuerza los tié que haber, y hasta pué que muertos, porque el topetazo debe de haber sido grande de veras.

MARQ. Pero vosotros ¿qué habéis hecho?

ISID. ¿Qué quería usté que hiciéramos, si no teníamos herramientas? Los otros se pusieron á buscar gente en aquel infierno, y á mí el jefe me dijo, dice: «Isidro, vete á escape á

Villarejo, avisa al señor alcalde de lo que pasa, y que mande en seguida to lo que pueda». Con que yo desenganché el caballejo y hala, hala, hala, me he plantao aquí en lo que se tarda en decirlo.

MARQ. ¡Pues no podían haber buscado peor correo! ¿Qué haces ahí? ¡Anda, echa á correr á casa del alcalde!

ISID. Pero si está malo..

MARQ. No importa; que se levante, que mande tocar las campanas, que salgan inmediatamente todos los hombres útiles y todos los carros disponibles... Vamos, anda, animal... ¡Vuela y no des explicaciones á nadie!... ¡Vivo!

ISID. Pero si es que como creía yo que estaba aquí el señor alcalde...

MARQ. (Airado.) ¿Te vas ó te estrello? (Vase Isidro asustado segunda izquierda.)

VELASCO. ¡Un descarrilamiento! ¡Y del exprés! ¡Y en este término municipal! ¡Esto va á ser un telegrama, y lo demás es música!

ESCENA X

El MARQUES.—VELASCO.—GASPAR.—Luego TERESA.

GASP. Yo voy á ver si encuentro en casa todavía al médico.

MARQ. Sí; y dígale usted que aquí le espero. Le llevaré conmigo.

GASP. ¡Cómo! pero ¿usted se atreve?

MARQ. ¿A cumplir con mi deber? Aunque fuera más viejo de lo que soy y no dispusiera de los medios de que dispongo. Voy á mandar que preparen el coche en seguida. (Llamando.) ¡Martina! ¡Teresa!

GASP. Diré á don Policarpo que, por si acaso, traiga el botiquín y los instrumentos.

MARQ. Y quiera Dios que no tenga que usarlos.

GASP. Amén. Llego en un soplo. (Vase segunda izquierda, por donde sale Teresa simultáneamente.

TER. Señor.

MARQ. ¿Se ha acostado Sebastián?

TER. Creo que no.

MARQ. Pues dile que enganche todo lo de prisa que pueda. Va á llevarnos á la estación ahora mismo.

TER. ¿A la estación ahora?

MARQ. Calla y díselo. ¡Ah! y tráeme de paso el capote de monte y la gorra de piel, ¿oyes? (Vase Teresa.) Usted nos acompañará, señor de Velasco.

VELASCO. Muchas gracias. Me es imposible.

MARQ. ¡Cómo!

VELASCO. Como secretario del Ayuntamiento iría con ustedes con mucho gusto, porque no me correría prisa; como corresponsal de *El Eco* me voy á pie, para llegar más pronto.

MARQ. Pero, hombre, ¿y la nieve?

VELASCO. Por la nieve se va mejor andando que en coche. Y ¿qué me importa á mí la nieve si voy á ser testigo presencial de una catástrofe? Mañana España entera se conmoverá con el relato detallado del terrible suceso, y ese relato me lo deberá á mí... Se citará mi nombre, se copiarán mis despachos, ¡hasta puede que se publique mi fotografía! ¡La curiosidad de medio mundo va á estar pendiente de mi pluma!

MARQ. Vaya, usté está loco... Pero... haga usté lo que quiera. Allá nos veremos. (Vase primera izquierda.)

VELASCO. Ahora... á cumplir nuestra misión sagrada. (Va á salir por la segunda izquierda, á tiempo que entra Teresa con la gorra de piel y el capote en la mano.)

ESCENA XI

VELASCO.—TERESA.

TER. ¿Dónde vas?

VELASCO. A la estación. ¿Dónde he de ir?

TER. ¿A qué?

VELASCO. ¿Pues no sabes lo que pasa? El exprés ha descarrilado en el túnel.

TER. ¡Qué lástima! ¡Con tantas cosas como tenías que decirme en la reja esta noche!

VELASCO. ¿Qué más da? Te las diré mañana. ¡Ya verás! Vamos á ser muy felices. ¡Adiós, adiós! (Vase corriendo.)

TER. ¡Que da lo mismo! ¡Y se va! ¡Se va como si yo no le importase nada!

ESCENA XII

TERESA.—El MARQUÉS.

MARQ. ¿Está eso ya?

TER. (Compungida.) Sí, señor.

MARQ. ¿Has dicho á Sebastián?...

TER. (Más compungida.) Sí, señor.

MARQ. Pero ¿qué es eso? ¿estás llorando?

TER. (Ayudándole á ponerse el capote hasta el fin de la escena.) Llorando, no; pero tengo mucha pena.

MARQ. No te apures, mujer. Puede que no haya habido desgracias. Los primeros coches suelen ser de mercancías.

TER. Si no es por eso. Es porque se ha ido Velasco.

MARQ. ¡Toma, naturalmente!

TER. Naturalmente, no... ¡Ay, señor! tenía usté razón. No se puede querer á los periodistas.

MARQ. ¿Por qué?

TER. Porque entre mi amor y el descarrilamiento... ¡ha preferido el descarrilamiento!

TELON



ACTO SEGUNDO

Sala. Dos ventanales y puerta grande en el foro, que dan á una galería cubierta de cristales, á través de la cual se ve una huerta con árboles desnudos de hoja y nevados. Puertas laterales La acción en las primeras horas de una mañana de invierno.

ESCENA PRIMERA

MONTERO, GAMBOA y GÁLVEZ, sentados en torno á una mesa tomando vasos de leche con rebanadas de pan.—Luego, TERESA.

MONT. No comprendo las quejas de usted, amigo Gálvez. Hemos tenido suerte.

GÁLV. Como caballeros particulares no lo niego, ni un rasguño; pero como *reporters* no cabe duda de que hemos hecho un pan como unas hostias.

GAMB. ¡Y tanto! A mí se me ha descompuesto la máquina fotográfica, que es peor que si me hubiera descompuesto yo mismo. Porque para *El Aviso Ilustrado*, de la máquina y yo lo más importante es la máquina.. Como que iba á Pancorbo á *tomar* los escombros de una casa que se ha hundido, y se me habrán adelantado los de Valladolid á estas horas.

GÁLV Yo ni siquiera he podido comunicar la noticia á mi periódico, porque el telégrafo se ha roto en el túnel y nadie ha querido ir al Es-

corial por causa de la nieve. Y el lance me cuesta un disgusto, porque es imperdonable que *El Clarín Español* no publique antes que ningún otro periódico la información que el caso requiere, habiendo sido uno de sus redactores casi víctima de la catástrofe.

MONT. ¡Hombre, por Dios! ¡Qué catástrofe ni qué calabazas! Unos cuantos vagones deshechos, siete viajeros heridos leves y veinticuatro contusos...

GÁLV. Sin embargo, catástrofe habrá que llamarlo para que al público le importe.

MONT. Lo grave sería no llegar á tiempo al mitin de Logroño. Villarrasa va á hacer declaraciones trascendentales.

GÁLV. ¿Sí, eh? Como si las hubiera oído. La bancarrota, el hambre y la ruina de la nación, si no le dan el poder inmediatamente. Conozco á Villarrasa.

MONT. Pero necesitamos oirle.

GAMB. Yo no. Me urge más lo de Pancorbo. A Villarrasa le retrataré luego en su despacho, con la mano izquierda entre la levita y el chaleco, y la derecha levantada en el momento de decir: «¡Señores!...» Le encanta esa postura y ya le he retratado así más de treinta veces. (Sale Teresa por la izquierda, con un ejemplar de *El Eco de Avila* envuelto en su faja correspondiente, y durante el diálogo que sigue va reuniendo en la bandeja vasos, servilletas, cucharillas, etc.; todo el servicio de la mesa.)

TER. Si los señores quieren retirarse á sus habitaciones, ya están arregladas.

MONT. No; esperamos al dueño de la casa para demostrarle nuestro agradecimiento.

TER. Tardará en volver, porque está recorriendo el pueblo para que nada falte á los heridos. Si ustedes quieren distraerse, aquí está el periódico de hoy que ha llegado ahora mismo. (Dejándolo en la mesa.)

GÁLV. ¡Cómo! ¿De Madrid?

TER. No, señor; de Avila.

GÁLV. (Mirando la faja.) ¡Ah, sí! *El Eco*

GAMB. ¡Hombre, por Dios! los periódicos de Madrid no pueden llegar todavía.

TER. (Marchándose por la izquierda con la bandeja.) Y aunque llegaran sería lo mismo. El señor Marqués no recibe ninguno.

GÁLV. (Maliciosamente á Gamboa.) Lo comprendo.

GAMB. (Idem á Gálvez.) ¡Claro!

MONT. ¡Qué! ¿Hay algún misterio en eso?

GÁLV. ¡Y tanto! Como que nuestro ilustre huésped habrá tenido una sorpresa desagradable con nuestra visita.

MONT. ¿Desagradable? No comprendo...

GÁLV. Lo comprenderá usted cuando sepa que el dueño de esta casa es un hombre importante en la política, cuyos planes combatimos todos á sangre y fuego, y que lo tomó tan á pechos que, amargado y corrido, se retiró lo mejor que pudo donde nadie pudiera encontrarle.

MONT. ¡Cómo! ¿sería acaso el marqués de Serrada?

GÁLV. El mismo.

MONT. Y usted ¿de qué lo sabe?

GÁLV. Me lo ha dicho el hijo del alcalde, que de paso me ha colocado un poliedro silábico para que se publique en *El Clarín* con su firma.

MONT. ¡El marqués de Serrada aquí! ¡Sí que la situación es chusca!

GÁLV. Por eso ha escurrido el bulto desde el primer momento y no hemos podido echarle la vista encima.

ESCENA II

DICHOS.—VELASCO.

VELASCO. (Apareciendo en la puerta del foro.) ¡Ah! perdonen ustedes... Creí encontrar aquí...

GAMB. Pase usted si gusta.

MONT. Y aprovecharemos la ocasión para darle las

gracias por habernos proporcionado alojamiento tan excelente.

VELASCO. No he hecho más que cumplir las órdenes del alcalde, que no pudo presentarse. Soy el secretario del Ayuntamiento.

GÁLV. ¡Ah! ¿usted es el secretario? Pues llega usted á tiempo. Puede usted darme algunos datos interesantes sobre la organización de socorros, impresión que el suceso produjo en la población, etc., etc... (Saca cuartillas y lápiz y se prepara á escribir.)

VELASCO. ¿Para enviarlos á algún periódico quizá?

GÁLV. Sí, al *Clarín Español*, á cuya redacción pertenezco.

VELASCO. Pues yo tendré mucho gusto en servirle, pero va usté á tomarse una molestia inútil.

GÁLV. ¿Por qué?

VELASCO. Porque cuando llegue su carta á la redacción es posible que conozcan ya el suceso con sus pelos y señales.

GÁLV. ¡Hombre! ¿De veras?

VELASCO. Digo, á no ser que hayan hecho lo que ustedes, que no han roto la faja de ese periódico.

GÁLV. ¡Ah! pero ¿usté cree que *El Eco de Avila?...*

VELASCO. Lo creo, porque yo también acabo de recibirlo. Véalo usted si quiere. (Gálvez rompe nerviosamente la faja.) «Lista completa de víctimas, su procedencia, casas del pueblo en que se alojan y descripción detallada del percance».

GÁLV. ¡Pues es verdad! Y en primera plana y con titulares gordas: «La catástrofe de Villarejo».

MONT. (A Gamboa.) Con catástrofe y todo. Tiene razón el pobre Gálvez; se le ha vuelto el santo de espaldas.

GÁLV. ¡Pero si esto es imposible!

VELASCO. Al contrario, nada más fácil. Tenga usted en cuenta que el descarrilamiento ocurrió á las ocho cuarenta, á las diez llegaron los socorros, á las once pudo remitirse un telegrama...

GÁLV ¡Pero si se ha cortado la línea!

VELASCO. Por el Mediodía, que es donde está Madrid, pero no por el Norte, que es donde está Avi la De modo que todavía han sobrado unas cuantas horas. ¡Como que si se hubiera hecho el transbordo, sabrían ya en la corte que ustedes habían salido ilesos!

GÁLV. Tiene usted razón, y no hay más remedio que rendirse á la evidencia. Oiga usted. ¿Usted lee todos los días *El Eco*?

VELASCO. Todos.

GÁLV. ¿Recuerda usted si ha publicado la noticia de que está aquí el marqués de Serrada?

VELASCO. No, señor; no ha dicho una palabra. Creo que el Marqués ha suplicado el secreto...

GÁLV. Vamos, menos mal. (Volviendo á escribir.) (Estos periodiquitos de provincias á lo mejor le cuelgan á uno.)

ESCENA III

DICHOS y GASPAR.

GASP. (Saliendo por la puerta del foro.) Buenos dias, señores. ¡Hola, amigo Velasco!

VELASCO. ¡Hola! (Ya esta aquí este títere. Le tengo en la boca del estómago.) (Mientras Gaspar saluda á los periodistas, Velasco se aparta poco á poco y queda de espaldas al público, mirando hacia la huerta por uno de los ventanales.)

GASP. Se ha descansado, ¿eh? Como sé que en Madrid no se madruga, no he venido antes á saludar á ustedes.

GÁLV. (Ni falta que hacías.)

GAMB. (Es pesadito este vástago del alcalde.)

MONT. Pues hemos madrugado para ofrecer nuestros respetos al dueño de la casa, y resulta que ya había salido.

GASP. ¡Ah! Pero, ¿todavía no le han visto ustedes?

MONT. Todavía no hemos tenido ese gusto.

GASP. (Bajando la voz y con malicioso acento.) Pues

tardará todo lo que pueda en presentarse. ¡Nos teme!

GÁLV. ¿Nos? ¡Ah! Es verdad que usted también escribe.

GASP. No tanto como quisiera; pero, en fin, algo. Ahora, que yo no molesto á nadie con la pluma.

GÁLV. (¿Que no? ¡Más que la viruela!)

GASP. Y á propósito, señor Gálvez, le traigo á usted para *El Clarín* una cosa mejor que la que le entregué anoche.

GÁLV. ¿Mejor? ¡No va á ser posible!

GASP. Sí, señor, sí; mucho más complicada. ¡Se van á volver locos los suscriptores!

GÁLV. Lo creo.

GASP. Verá usté. (A Montero y Gamboa, que se han apartado un poco.) Oigan, oigan ustedes.

GAMB. (Aparte á Montero.) Y luego dirá usted que el descarrilamiento no ha sido una catástrofe.

GASP. (Leyendo.) Paralelas heterogéneas monosilábicas. (Siguen bajo Se supone que Gaspar explica detalladamente su rompecabezas.)

ESCENA IV

DICHOS y TERESA.

TER. (Saliendo por la izquierda y viendo á Velasco apartado del grupo, se dirige á él rápidamente.) ¡Gracias á Dios!

VELASCO. Eso digo yo, ¡gracias á Dios!

TER. He estado intranquila toda la noche. No hay nada peor que la incertidumbre, y como te marchaste de aquella manera...

VELASCO. Pero ¿no me conociste en la cara la felicidad?

TER. ¡Ah! ¿no se opuso el Marqués?

VELASCO. Discutió un poco; pero deja á tu albedrío el aceptar ó no mi proposición, y como tú la habías aceptado previamente...

TER. De modo que no hay obstáculo...

VELASCO. Ninguno. Dentro de poco voy á ser el hombre más dichoso de la tierra con la mujer más buena del mundo. (Siguen bajo.)

GASP. (Como si hubiera terminado la explicación.) ¿Eh? ¿qué tal?

MONT. Indescifrable.

GAMB. ¡Laberíntico!

GÁLV. ¡Ni con la explicación se entiende!

GASP. (A Gálvez) Pues no sabe usté lo que le agradeceré que se publique, no sólo por la honra que eso representa, sino, y esto aquí para entre nosotros, para que se muera de envidia alguien que no está lejos.

GÁLV. ¡Ah! pero ¿es que él también?.. Pues, señor, en este pueblo todos escriben algo.

GASP. Y á propósito: verán ustedes cómo nos divertimos. (Voy á ponerle en ridículo delante de ella.) Velasco, con permiso.

VELASCO. ¿Qué hay?

GASP. Estos señores me suplican que le presente.

VELASCO Ya nos conocemos.

GASP. Sí, pero no de una manera oficial, y no estando el Marqués creo que soy yo el más indicado... Señores: Don Manuel Velasco, secretario del Ayuntamiento de Villarejo de los Pinos.

MONT. Ya teníamos el gusto de conocerle como tal.

GASP. ¡Ah! ¿Nada más como secretario? Pues es algo más. Es compañero de ustedes.

MONT. ¿Cómo? ¿También periodista?

GASP. Sí, señores, sí; periodista hecho y derecho.

VELASCO. No hagan ustedes caso.

GASP. ¿Cómo que no? Está encargado de una sección semanal muy interesante.

GÁLV. ¿Sí? ¿Cuál?

VELASCO. Nada. La nota del mercado.

MONT. ¡Oh! ¡La nota del mercado! Las cuestiones comerciales son ahora las más importantes del mundo.

GÁLV. ¡Quién lo duda!

VELASCO. ¡Por Dios, no se burlen ustedes!

GÁLV. Nada de burlas. Es usted nuestro compañero en la prensa, efectivamente.

MONT. ¡Ya lo creo, vaya!

GASP. (¡Con qué gracia le están dando una carrera en pelo!)

GÁLV. Y... ¿en qué periódico escribe usté, si no es indiscreta la pregunta?

VELASCO. En uno que no lee nadie. En *El Eco de Avila*.

MONT. ¡Eh! ¿cómo?

GAMB. ¿Qué?

GÁLV. De modo que era usted...

VELASCO. Sí; el del telegrama del descarrilamiento. Pero no creo que eso tenga mérito alguno.

GÁLV. ¿Cómo que no? ¡Caramba si tiene! (Siguen en voz baja.)

GASP. (Pues me ha salido el tiro por la culata. Aquí hay que echar un capote en seguida.) Teresa, ¿no habrá venido todavía el señor Marqués?

TER. Aún no.

MONT. ¡Caramba! ¡Cómo se hace desear!

VELASCO. Involuntariamente, sin duda.

GÁLV. ¡Quién sabe! Pues el Marqués no ignora que no conviene á los políticos alejarse mucho de la prensa.

TER. Es que aquí creo yo que no hay prensa ni políticos. No hay más que viajeros que han tenido una desgracia, y el dueño de una casa que les ha ofrecido asilo.

MONT. Es verdad.

VELASCO. (¡Bien dicho!)

TER. Con permiso de ustedes. (Vase por el foro.)

ESCENA V

MONTERO.—GALVEZ.—GAMBOA.—VELASCO.—GASPAR.

GAMB. El ex ministro habrá sido desgraciado en política, pero no lo es en el servicio doméstico. Tiene una criada muy lista.

VELASCO. Muy lista y muy buena, pero no es su criada.

GÁLV. ¿No?

VELASCO. Es huérfana de un empleado de Hacienda á la que el Marqués recogió de chiquita, y á quien ha acabado por encomendar el gobierno de la casa.

GÁLV. ¡Calle! no me diga usté más. Pero ¿ésta es Teresa?

VELASCO. Sí; Teresa se llama. ¡Qué! ¿la conocía usted acaso?

GÁLV. ¡Toma! yo y todo el mundo. ¡Si esta niña ha sido muy popular, tal vez sin saberlo!

VELASCO. ¡Cómo!

GAMB. Pues yo no recuerdo.

GASP. No entiendo una palabra.

GÁLV. Pues esta charada es muy sencilla. Como los hombres políticos no tienen vida privada, cuando se les ataca de firme se saca partido de todo. Pero, Gamboa, ¿es posible que no se acuerde usté de aquel cuento oriental que publicó Santos Moreno en *El Desmigue?*

GASP. ¿El desmigue? ¡Qué bonito título!

GAMB. ¡Ah! ya caigo. Aquello de la odalisca que adormecía con caricias al sultán y le hacía soñar con tesoros ocultos... ¿Y ésta era la odalisca?

VELASCO. (¿Eh?)

GÁLV. Justamente.

GASP. (¡Hola! ¿esas teníamos?)

VELASCO. ¡Caballeros! ¿qué quieren ustedes decir?

GÁLV. Nada; recordamos un cuento célebre.

GAMB. ¡Y tan célebre! Pues, ¿y aquella parodia del canto á Teresa?

VELASCO. (¿Cómo?)

GÁLV. Es verdad; el nuevo canto á Teresa que se atribuyó á Ramírez. También cayó en gracia y también rodó con chistosos comentarios por todos los periódicos de provincias.

MONT. Es que ese Ramírez era un poeta festivo de todos los demonios.

GASP. (¡Digo! y yo que estaba dispuesto á casarme con ella... ¡Hubiera estado bueno!)

VELASCO. Basta, señores. Todas esas han sido, tienen que haber sido, infames calumnias.

GÁLV. ¡Hombre! ¿calumnias? ¡No tanto! Chismo-

rreo, hablillas, conversaciones amenas para entretener el tiempo.

VELASCO. Con perdón de usted, creo que no se debe entretener el tiempo inventando falsedades que puedan perjudicar al prójimo.

GÁLV. ¡Eh, eh! poco á poco, señor de Velasco, ¡caramba! dice usté las cosas con una vehemencia... Después de todo, ¿quién le ha dicho á usté que son falsedades?

VELASCO. Demasiado saben ustedes que lo son.

GÁLV. Acaso; pero la sátira política no da cuartel, y como los ministros han de vivir entre cristales, todo el mundo puede ver á través de ellos lo que hay... y lo que no hay. Y, en resumidas cuentas, no vamos á reñir por eso; ni á usted ni á mí nos importa el asunto.

VELASCO. A mí, sí; porque... porque me hace daño que se injurie á quien me consta que es un caballero.

GÁLV. Pero, hombre, ¡por Dios! y ¿dónde está la injuria? Una aventura de esa clase, aun siendo cierta, no perjudica la fama de un hombre.

GAMB. Al contrario.

VELASCO. ¿Y la de ella?

GÁLV. ¿Eh? ¿cómo?

MONT. Vamos, señores, basta de discusión. Si á ustedes les parece, puesto que el señor de Serrada no llega, podemos visitar á los heridos.

VELASCO. Siento no poder acompañar á ustedes, pero aguardo al Marqués.

GASP. Yo les serviré de guía con mucho gusto.

GÁLV. Gracias; ¿para qué va usté á molestarse?

GASP ¿Molestia? ¿se quiere usté callar? Entre compañeros...

GÁLV. ¿Compañeros? ¡Ah, sí!! no me acordaba de las paralelas monosilábicas. (Dirígense hacia el foro, por donde aparece Teresa.)

TER. (¡Todavía aquí!)

GAMB. (Nada, que no hay quien le despegue.)

GÁLV. (Y es chistoso también el secretario). Adiós, Teresa.

TER. Adiós, señores.

GAMB. (Aparte á Gálvez.) El cuento pudiera muy bien ser historia, porque la odalisca es guapa.

VELASCO. (Mientras los otros van desapareciendo por la galería del fondo, abstraído y sin mirar á Teresa.) El canto á Teresa... el cuento oriental... Y tiene razón; ¿quién me ha dicho á mí que son falsedades?

ESCENA VI

VELASCO.—TERESA.

TER. Por fin podemos hablar á solas. ¡Eh! pero ¿qué es eso? ¿Qué te pasa?

VELASCO. Nada; tienes razón, hablaremos. Ven, acércate más.

TER. ¿Qué quieres?

VELASCO. Mírame de frente. Así. (Pausa.) (¡Es mentira!)

TER. Bueno; ¿qué?

VELASCO. (Abstraído en su idea.) (Dudar de esta mujer es un crimen.)

TER. ¿Quieres decirme qué significa esto? ¿Te has vuelto loco?

VELASCO. Loco, no; trastornado, sí; porque me he sorprendido á mí mismo en una equivocación tremenda.

TER. ¿En cuál?

VELASCO. Creí en un cariño tranquilo y reposado, en una existencia á tu lado ignorada y feliz, sin tormentas ni tempestades, y ha bastado una quimera, una sombra, para que fermente la levadura de otro amor, del que arrebata y quema, y con el cual ya no se puede ser dichoso, del amor que, sin saberlo, te tenía.

TER. ¿Una sombra? ¿de qué?

VELASCO. Nada; ya pasó. Me ha bastado mirar tus ojos para que el fantasma se disipe.

TER. Pero á mí no me basta esa explicación. ¿Por qué ya nuestro amor no puede ser dichoso?

VELASCO. ¡Si te digo que ha sido una ráfaga!
TER. Que puede volver.
VELASCO No, no volverá. Yo haré que no vuelva.
TER. ¿Por qué ha venido ahora?
VELASCO. Por una tontería, verás: esos viajeros contaron una historia...
TER. ¿Una historia? ¿De quién?
VELASCO. Parece que te interesa. ¿Sospechas algo?
TER. Nada; por eso lo pregunto.
VELASCO. Pero con una entonación y de una manera...
TER. Porque estoy leyendo en tus ojos que vacilas, que mientes.
VELASCO. ¿Yo?
TER Tú, sí. Cuenta esa historia.
VELASCO. Lo probable es que sea una novela. (Pesando las palabras y estudiando el efecto que hacen en Teresa.) Se trata de un personaje muy conocido; de un... de un general, vamos, que se figura que engaña á todo el mundo presentando como ahijada y protegida á una joven que...
TER. Sigue.
VELASCO. ¿Para qué he de seguir? Ya has comprendido lo demás
TER. ¡Ojalá no! Y al oir contar eso te has acordado de mí, has comparado la situación y... Basta; has dicho bien. Nuestro amor ya no puede hacernos felices.
VELASCO. ¿Es eso todo lo que contestas?
TER. Y sobra la mitad. Quíen duda un solo momento de la mujer que va á ser su esposa, debe renunciar á ella... sin decírselo. Así no se añade al desprecio la ofensa.
VELASCO. ¡Teresa!
TER. Vète.
VELASCO. Sin una explicación, sin una disculpa...
TER. ¿Para qué, si has mentido? ¡Esa historia la has inventado tú y piensas que es la mia! Digo no; no lo piensas, finges pensarlo para que la mala idea te sirva de pretexto.
VELASCO. ¿Qué dices?
TER. Con esos hombres ha venido el rumor del

mundo, que te atrae; has querido ir con ellos y brillar más que ellos porque crees que les aventajas... Las ideas que han muerto en ti son las del cariño reposado y firme; la levadura que ha fermentado es la del afán de la lucha y del triunfo. Pero bien merecía yo que me demostraras tu equivocación sin ultrajarme. (Solloza silenciosamente.)

VELASCO. Yo te juro que... (Pausa. Apartándose de ella.) (No; eso no es mentira. ¡No se puede fingir así!)

TER. (No ha mentido, no; es peor... ¡es que duda de veras!) (Sale el Marqués por el foro.)

MARQ. Gracias á Dios que puedo volver á mi casa. ¿Han salido esos señores?

TER. Sí; todos.

MARQ. Me alegro. Pero ¿qué es eso? ¿Has llorado? ¿Qué te pasa?

TER. No; no, señor. Ni he llorado ni me pasa nada.

MARQ. ¿Que no? Apuesto á que has tenido un disgusto con...

TER. Con nadie; no, señor; es que...

VELASCO. ¿A qué fingir? Sí, señor Marqués; hemos tenido un ligero disgusto...

MARQ. ¡Acabáramos!

VELASCO. Y quisiera que hablásemos usted y yo reservadamente.

MARQ. Con mil amores. Déjanos, Teresa.

VELASCO. (Al marcharse por el foro.) (¡Dios mío! Ahora es cuando toda esperanza es imposible.)

ESCENA VII

VELASCO, EL MARQUÉS.

MARQ. No puede decirse que el noviazgo marcha sobre rosas. La conversación, ¿va á ser larga?

VELASCO. Abreviaré todo lo posible.

MARQ. Sin embargo, permita usted que me siente. (Lo hace.) Estoy rendido. Ea, ya le escucho.

VELASCO. Usted se oponía á nuestra unión inmediata por temor á que no estuviera yo curado del todo de mi afán de aventuras, y al buscar espacio mayor en que desenvolverme hiciese desgraciada á Teresa.

MARQ. Así es.

VELASCO. ¿Tanto le interesa á usté?

MARQ. ¿Eh? ¡Como si fuera mi propia hija, señor de Velasco! Y no comprendo la pregunta.

VELASCO. La explicaré luego. Pero sepa usted que está equivocado. Tan verdadero, tan grande es mi amor á Teresa, que deseo solamente una palabra, algo que arranque de raíz estas dudas que han empezado á atormentarme, para sacrificar mi porvenir á su cariño.

MARQ. ¿Dudas? ¿Cuáles son esas dudas! ¡Supongo que no vendrá usted á ofender á una mujer en mi presencia!

VELASCO. ¡Dios me libre! pero debo ser franco. Comprenderá usted que es lógico que un hombre desee conocer detalladamente las circunstancias todas de la vida de la que va á ser su compañera para siempre.

MARQ. Sí, es lógico, aunque me parece un poco tardía la pregunta, que ayer hubiera estado en su punto. Pero no creo que usted ignore nada. Sabe usted cuál fué la familia de Teresa, la razón de que yo la protegiera y adoptara, toda su historia, en fin, que no puede ser más sencilla y vulgar.

VELASCO. Pero esa historia que yo conozco... ¿es la verdadera?

MARQ. (Levantándose airado.) ¡Señor de Velasco, está usted en mi casa!

VELASCO. ¡Ah! perdóneme usted, señor Marqués; estoy loco. Tengo en el alma un torcedor horrible. Deseo averiguar, saber, convencerme... y no sé cómo interrogar sin hacer daño. ¡Ni usted ni yo tenemos la culpa!...

MARQ. Hable usted claro y como quiera, pero pronto.

VELASCO. No acierto; no sé cómo empezar... ¿Recuerda usted si en aquella campaña que contra

usted se hizo figuró para algo el nombre de Teresa?

MARQ. ¡Cómo! ¿qué dice usted? ¿Se atrevieron á tanto? ¡Ni lo supe nunca ni lo he podido sospechar siquiera!

VELASCO. Pues, sí; se atrevieron, Marqués. La leyenda de una protección interesada, de la influencia de la mujer joven sobre el político de talla, corrió por todas partes, como corre siempre el virus de la maledicencia, que inficiona la vida privada de los hombres que sobresalen.

MARQ. ¡Mintieron todos!

VELASCO. Sí; mintieron. Fueron calumniosas las gacetillas mordaces, las alusiones veladas, las gotas de ponzoña recogidas por la prensa de oposición para empequeñecer la figura del enemigo político; Teresa es buena, es santa, ¡lo ha sido siempre!; pero ya no puede ser mía.

MARQ. ¿Eh?

VELASCO. Si lo que contaron fué verdad, por eso mismo; si fué mentira, porque es imposible convencer de que lo fué á cuantos han creído lo contrario. ¿Comprende usted mi situación ahora?

MARQ. ¡Desgraciado! Sí, la comprendo. Y Dios le ha colocado á usted en ella como justo castigo. Usted amaba á la prensa, la enaltecía y la admiraba, mientras desde la obscuridad en que vivía no veía más que el resplandor de su grandeza Ha bastado que aspire usted el perfume de las letras de molde, que se haya usté puesto en contacto con esa formidable máquina, para que el invisible puñal se le haya clavado en el pecho y todas las fibras del corazón hayan quedado rotas. Sus propias armas se vuelven contra usted y le asesinan. Repito sus palabras: ¿comprende usted ahora mi situación?

VELASCO. (Después de una vacilación breve) ¡No!, señor Marqués. ¡No la comprendo! Maltratado, herido, con las ilusiones tronchadas, viendo mi

desgracia inevitable y segura, sigo y seguiré siempre admirando y enalteciendo á la prensa, á la mía, á la grande; poderoso acicate de las ambiciones nobles, sembradora constante de cultura y riqueza, único é inexpugnable baluarte contra la tiranía y amparo eterno de los débiles .. ¿Por qué hemos de maldecirla como causa de nuestras amarguras? Los periódicos, si han de cumplir su misión, deben recoger los rumores de las calles, de los cafés, de las chozas y de los palacios, porque esa es la actualidad y esa es la vida. No es culpa suya si esos rumores son de tempestad ó de guerra. El pueblo, alto y bajo, pronuncia su sentencia, justa é injusta; la prensa no hace más que cumplirla. El inocente que resulta condenado no debe volverse contra los guardias que le llevan á la cárcel, sino contra el Jurado que se dejó arrastrar por las malas pasiones.

MARQ. ¡Pero, si en usted mismo tiene el ejemplo! En los corrillos, en los cafés, en los círculos de mis enemigos habrá nacido la calumnia como un chiste de mal gusto, sin que los mismos que la inventaron la creyeran; pero allí habría muerto apagada, olvidada, como todo lo inverosímil y todo lo absurdo...

VELASCO. Para mí viviría siempre.

MARQ. Pero la prensa la recogió, la grabó en metal, la fijó en el papel y la extendió por todo el mundo para que no pudierra borrarse nunca.

VELASCO. Su deber es difundir lo bueno y lo malo para hacer resaltar el contraste.

MARQ. Sin ella podría usted ser feliz, porque nadie habría traído á sus oídos los ecos de la murmuración insidiosa.

VELASCO. Y hubiera estado en ridículo sin saberlo, que es peor todavía.

MARQ. Pero, vamos á ver: ¿quién ha sembrado la duda en su alma y el pesar en su corazón?

(Aparecen, tras uno de los ventanales, Gálvez y Gamboa que llegan.)

VELASCO. Esos.

MARQ. Pues, señor de Velasco, ¡esos... son la prensa!

VELASCO. Señor de Serrada, ¡y yo... también! (Saluda y vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

EL MARQUÉS, GÁLVEZ y GAMBOA.

GÁLV. ¡Ah, señor Marqués! Por fin le encontramos.

GAMB. Y en el momento oportuno. He compuesto la máquina.

MARQ. ¿Sí? Lo celebro.

GAMB. Y yo no vuelvo á la redacción sin llevar su retrato.

MARQ. ¡Vaya una novedad! Se ha publicado mil veces; hasta en las cajas de cerillas.

GAMB. Sí; pero era el de antes, el de ministro, estirado y correcto. Yo me refiero al de ahora; al de la intimidad, al del destierro, que es cosa muy distinta y de una actualidad palpitante. Usted, sentaado hí, en la marquesina de cristales, rodeado de sus criados y contemplando la huerta nevada... ¡Oh! eso sería una delicia.

MARQ. Siento no proporcionársela á usted ni á los lectores del periódico.

GAMB. ¡Ah! ¿me niega usté el favor?

MARQ. Terminantemente, y usté perdone.

GAMB. (No tendré más remedio que cogerle desprevenido.)

GÁLV. Pero á mí no me negará usted el que voy á pedirle

MARQ. Supongo cuál es.

GÁLV. Y no se equivoca, de seguro. Se trata de una conversación con usted, publicada con su autorización, y hasta corregidas las cuartillas por su propia mano.

MARQ. Lo siento mucho también, pero también me niego.

GÁLV. ¡Caramba! pues no cabe duda de que la poderosa palanca se ha quedado aquí sin punto de apoyo.

MARQ. Porque se empeñan ustedes en dar importancia á lo que no es interesante.

GÁLV. ¡Al contrario! Crea usted que el artículo, tal como yo lo veo, sería una bomba.

MARQ. Sí, que acabaría de aplastarme.

GÁLV. ¡Cá! A estas horas la opinión ha reaccionado mucho, porque aquí la opinión se vuelve y se revuelve cada quince días. Haría un gran efecto la defensa enérgica y viril de sus planes económicos, la protesta de su espíritu combatido por la injusticia, el relato de las amarguras devoradas en silencio en la soledad de estos montes escarpados, y, por último, el feliz hallazgo de su simpática persona entre las pavorosas sombras del túnel, lanzándose con heroico entusiasmo á salvar las vidas amenazadas de sus semejantes.

MARQ. Pero ¿qué es eso de heroísmo, protestas y amarguras? Usted no ve más que el artículo de efecto y no vacila en arrojarme á las fieras.

GÁLV. ¡Si en eso de las fieras está usté completamente equivocado! ¿Verdad, Gamboa?

GAMB. Completamente.

MARQ. (Perdiendo la calma.) ¿Cómo he de creer que lo estoy, si de ellas huía y han venido á perseguirme aquí mismo, entre el bosque y sobre la nieve, para clavarme de nuevo sus garras?

GÁLV. No comprendo.

MARQ. Porque no puede usted comprender, porque ha hecho usted el daño, como siempre, sin saberlo.

GÁLV. Señor Marqués, ruego á usted que me explique...

MARQ. ¿Para qué? La menor explicación me rebajaría á mis ojos y á los de usted mismo.

GÁLV. Pero... es que no creo haber ofendido á usted en nada.

MARQ. En nada; tiene usted razón: no ha sido usted.

El ofensor es invencible porque es impalpable y no lo veré nunca. Y perdonen ustedes, señores, me he exaltado cuando no debía. Con su permiso, tengo que despachar algunos asuntos...

GÁLV. ¡Ay, señor Marqués! veo que sigue usted considerándonos como enemigos.

MARQ. Aunque así fuera; el enemigo á quien se da hospitalidad es sagrado. Señores... (Saluda y vase por la izquierda.)

ESCENA IX

GÁLVEZ.—GAMBOA.

GAMB. Este hombre es un misterio.

GÁLV. Sí; pero un misterio inaguantable. Comprendo la campaña.

GAMB. Pues acuérdese usted de lo que digo: me da el corazón que la segunda que se haga será á su favor y reconociendo su mérito.

GÁLV. Pero esa será inútil. La gente es tan mala que eso es lo que no va á creer aunque nosotros se lo digamos.

GAMB. Pues yo le retrato aunque sea en mangas de camisa. Voy á probar si funciona bien esto. ¿Quiere usté acompañarme?

GÁLV. ¿Dónde va usted?

GAMB. A sorprender al alcalde en la cama, que eso siempre le gusta al público, y luego á tomar una vista de la plaza del pueblo.

GÁLV. ¡Pero, hombre, si no tiene nada de particular!

GAMB. Y eso ¿qué importa? ¡Pues no ha publicado *El Aviso* pocas plazas de pueblo que no le interesaban á nadie!

GÁLV. Vamos allá cuando usted quiera. Al fin y al cabo, aquí no hago nada tampoco. (Salen por la puerta del fondo. Al entrar en la marquesina, Gamboa, que va delante, se detiene de pronto mirando hacia la izquierda.)

GAMB. ¡Hombre! ¡Qué fortuna! ¡Y qué luz tan hermosa!

GÁLV. Enfoque usted bien, que esa figura sí que puede llegar á ser interesante.

GAMB. (Oprimiendo el botón del obturador.) Ya está. (Vase foro derecha. Simultáneamente cruza por detrás del ventanal Teresa, entra en la sala, cruza el escenario y va á marcharse por la izquierda, por donde sale al mismo tiempo Velasco.)

ESCENA X

TERESA.—VELASCO.

TER. ¡Cómo! ¿Tú otra vez?

VELASCO. Sí, otra vez. Vengo... no sé por qué... Porque me arrastra algo superior á mi voluntad.

TER. ¿A qué?

VELASCO. ¡Si no lo sé tampoco! Tomada la decisión, la única posible en el caso en que nos encontramos, mi deseo debía ser correr, alejarme de ti, no verte jamás .., y ya ves, es todo lo contrario y no puedo resistirle.

TER. Pues es preciso. La paz, la tranquilidad y el cariño son imposibles entre nosotros.

VELASCO. Sí, sí; son imposibles. Me lo he dicho mil veces dándome todas las razones claras y terminantes... Con la mitad de ellas me siento capaz de convencer al más torpe, al más testarudo... ¡Pero no puedo convencerme á mí mismo!

TER. Y quieres que yo te ayude, ¿no?

VELASCO. No; ¿para qué? Sé de sobra cuanto pudieras decirme.

TER. Entonces...

VELASCO. Pero me atrae aquí una vaga idea de consuelo... ¡Ya ves qué tontería! Creo que mi tormento no sería tan grande si tú me hablaras, me lo contaras todo...

TER. (Indignada.) ¿Todo? ¿Y qué es todo? (Cambiando de repente de entonación y hablándole con lás-

tima.) ¡Desdichado! ¿No comprendes que yo, digna de ti como soy, perdería tu estimación si intentara demostrártelo? Y aunque lo hiciera, aunque consiguiera hacer resplandecer ante tus ojos la verdad, no podría ir de pueblo en pueblo y de casa en casa convenciendo á cuantos dieron crédito á la calumnia. ¡Si no te hacen desgraciado tus propias dudas, sino el temor á las ajenas! ¡Si por eso, por eso sólo, es por lo que nuestra desventura no tiene remedio!

VELASCO. Es verdad.

TER. Hay más todavía. Si me quieres mucho, aunque yo misma te confesara que la infamia es cierta, tú no me creerías, y aumentaría el ímpetu de tu amor, y me querrías más á pesar de ella y tal vez por ella; y si no me quieres, la seguridad de mi inocencia no podría detener tu desamor y tu desvío, que apoyarías en la sospecha y la mentira.

VELASCO. (Después de una pausa.) Tienes razón. Vales más que yo y eres más fuerte. Es necesario el sacrificio para no ser eternamente desgraciados. (Haciendo un esfuerzo violento para despedirse.) Adiós, Teresa.

TER. (Con amargura y sin mirarle.) Adiós. (Velasco da algunos pasos hacia la puerta del foro. Se detiene como si buscase todavía un pretexto mejor para irse.)

VELASCO. Voy... á la batalla, á conquistar un nombre, á vencer, y ¡quién sabe! puede que logre descubrir el origen del mal, y entonces... ¡Adiós! (Sigue avanzando hacia la puerta.)

TER. Adiós.

VELASCO. (Llega á la puerta del foro y se detiene de nuevo. Pausa larga.) Pero, señor, ¡si no puedo! (Duda y vacila. Otra pausa, más larga aún, en que el personaje revela en su actitud y en su mirada la tremenda lucha interior que sostiene, lucha que termina por una decisión rápida y enérgica.) ¡No, no me marcho!

TER. (Conteniendo difícilmente la alegría.) ¿Qué dices?

VELASCO. (Retirándose resueltamente de la puerta.) Que lo que iba á hacer era una cobardía indigna de un hombre. Y las cobardías pueden razonarse en las profundidades del pensamiento, pero al ir á cometerlas estrujan el corazón y queman la sangre. ¡Me quedo!

TER. ¿Contra mi voluntad?

VELASCO. Contra la tuya. ¿Dónde iba yo? A buscar una eterna tenaza para mi conciencia. Quedándome, podrán creerme deshonrado los demás; huyendo, me creeré deshonrado yo mismo. Y la indignidad no está en que la finja el mundo, sino en las acciones propias. Me asombra que ni un momento siquiera haya podido pensar de otro modo. Perdóname, Teresa.

TER. ¡Si no te entiendo!

VELASCO. Pues es preciso que entiendas que creo en ti, que estoy convencido y que te amo. ¿Qué me importa que las gentes no crean? Cuando la muchedumbre es injusta y ciega, el varón justo debe desafiar á la muchedumbre y hasta dejarse despedazar por ella si es necesario. El que comete una felonía por temor al ridículo, no por eso deja de ser un miserable.

TER. ¡Gracias á Dios! Así, ¡así te quiero!

VELASCO. Y así quiero yo que me quieras. Porque valgo más que tú y soy más fuerte que tú, ¡porque soy el hombre! (La estrecha un momento entre sus brazos. Aparece Gaspar en uno de los ventanales del fondo.)

ESCENA IX

DICHOS.—GASPAR.

GASP. ¿Se puede? Es decir, ya veo que casi no se puede.

VELASCO Al contrario, ahora mejor que nunca.

GASP. Pues siento interrumpir el idilio, pero...

VELASCO. Bueno; menos broma y al grano.

GASP. El grano es que vengo á llevármele á usted á casa.

VELASCO. ¿Qué ocurre?

GASP. No es cosa mía, ¿eh? Es cosa del Ayuntamiento. Le llama á usté mi padre.

VELASCO. ¿Para qué me necesita?

GASP. Para poca cosa. El comisionado de apremios, cumplida su misión, se marcha esta tarde, y parece que necesita llevar la firma de usted en un documento. Es cuestión de un instante. (Con malicia.) Podrá usté volver en seguida.

VELASCO. Vamos allá.

GASP. (Retirándose hacia la puerta.) (Pues al Marqués le hará poca gracia el lance cuando yo se lo cuente de buena manera.)

VELASCO. (A Teresa.) Adiós; estaré aquí al momento. Es preciso que el señor de Serrada conozca mi determinación oficialmente.

GASP. (Desde el ventanal.) ¿Vamos?

VELASCO. Cuando usted quiera. (Ya te arreglaré yo por el camino.) (A Teresa desde el ventanal.) Hasta luego.

TER. Hasta luego. (Sale el Marqués por la izquierda.

ESCENA XII

TERESA.—EL MARQUÉS.

MARQ. ¿Con quién hablabas?

TER. Con... con Velasco.

MARQ. ¡Cómo! ¿Ha vuelto?

TER. Sí; ha venido á...

MARQ. Ya me lo figuro. A repetirte lo que á mí me ha dicho. Es una desgracia, pero irreparable. Creí hacerte un favor al ampararte, y te arrastré á mi desventura. El tiene razón, y no podríais ser dichosos, pobre niña.

TER. No; si no es eso.

MARQ. ¿Que no? Pues ¿qué otra cosa puede ser? ¿Qué te ha dicho?

TER. Unas cosas muy diferentes... Velasco es muy noble y muy bueno... ¡mejor de lo que usted se figura!

MARQ. ¡Ah, vamos! Te ha pedido perdón del ultraje, comprendiendo que tú no tenías la culpa.

TER. Tampoco es eso. Digo, sí; eso es. Pero hay más.

MARQ. ¿Más?

TER. Sí; sí, señor. Lo desprecia todo; desafía la calumnia y está dispuesto á demostrarlo... como demuestran esas cosas los hombres.

MARQ. ¿De veras?

TER. ¡Ay! ¡Si usté le hubiera oído! «El varón fuerte debe practicar lo bueno y lo justo aunque á los demás no se lo parezca; debe cumplir su deber contra la opinión, aunque la opinión le ofenda y le arrastre...»

MARQ. ¿Eso ha dicho?

TER. Y lo ha sentido. ¡Ay, señor Marqués, qué felicidad! ¡Qué alegría! (Se acerca á él emocionada. El Marqués la recibe cariñosamente en los brazos. En este momento aparece Velasco en el fondo, y al ver el grupo se detiene.)

VELASCO. ¡Ah!

MARQ. Tienes razón. Como hija te he considerado siempre y deseo tu felicidad como si lo fueses de veras. Antes me inquietaba tu porvenir; ahora no. Si no te ha mentido, si se hace superior á las pequeñeces y miserias del mundo, ve con él donde quiera llevarte, que aquí ó lejos de aquí, en la paz ó en la lucha, te hará dichosa porque vale más que todos nosotros... ¡Más que yo, de seguro!

ESCENA XIII

DICHOS.—VELASCO.—GAMBOA.

GAMB. (Sale por el foro, ve al Marqués abrazando á Teresa, avanza de puntillas preparando la máquina, y en el momento que juzga oportuno, grita:) ¡Quietos!

VELASCO. (Adelantándose rápidamente y colocándose entre Gamboa y los otros.) ¡Eh! ¿qué va usté á hacer?

GAMB. ¡Caramba! Se ha interpuesto usted en el momento preciso.

VELASCO. Sí, señor; en el preciso momento.

GAMB. (Retirándose amoscado.) (¡Qué lástima! Era un grupo precioso... ¡Un magnífico fotograbado para ilustrar el cuento de «La odalisca».)

MARQ. (A Velasco.) Ya no dudará usted de que pueden equivocarse la palabra y la pluma, cuando hasta puede mentir la fotografía. Y ahora me toca á mí. (Alto á Gamboa.) ¡Caballero!

GAMB. Señor Marqués.

MARQ. Siento la pena que le ha ocasionado á usted no poder hacer el grupo, y, en cambio, voy á ofrecerle una compensación.

GAMB. Usted dirá.

MARQ. ¿No deseaba usted llevarse á la redacción mi retrato?

GAMB. ¡Con el alma y la vida!

MARQ. Pues estoy á su disposición.

GAMB. ¿De veras? Crea usted que no olvidaré el favor jamás. ¡Ya no me importan las ruinas de Pancorbo!

MARQ. ¿Dónde quiere usted hacerlo?

GAMB. En la huerta. ¿Le parece á usted bien la huerta? Así tendrá más carácter.

MARQ. Pues vamos á la huerta. (Dirigiéndose al foro.)

GAMB. (Siguiéndole.) De modo que esto significa...

MARQ. Significa... Ya se irá usté enterando de lo que significa esto. (Vanse.)

ESCENA XIV

TERESA y VELASCO.—Luego ISIDRO.

TER. ¿Lo oíste todo?

VELASCO. Todo, no; lo bastante para que sea eterna la tranquilidad de mi espíritu.

TER. ¿No lo hubiera sido si no?

VELASCO. También. ¡De todas maneras! No sólo porque mi convencimiento es verdadero y profundo, sino porque, como tú decías antes, te quiero tanto, que aunque tú misma me juraras que no eras digna de mí, yo no te creería.

ISID. (Saliendo por la izquierda.) ¿Se pué pasar?

VELASCO. Sí, hombre, sí; adelante.

ISID. Con licencia.

VELASCO. ¿Qué hay?

ISID. Pues ná; que por si tenía pocas cosas encima, ahora me ha caído ésta de andar por toas las casas donde hay gente del tren descarrilao.

VELASCO. ¿Y á qué vienes?

ISID. Pues venía á buscar á los viajeros que paran aquí.

VELASCO. ¿Tienes que decirles algo?

ISID. ¡Anda, ya lo creo!

VELASCO. Me lo figuro. Teresa, prepárales los equipajes. Yo avisaré al que está en la huerta.

TER. Aquí vienen los otros.

VELASCO. (A Isidro.) Tú te entenderás con ellos. (Mientras Isidro dice lo siguiente, Teresa se va por la derecha, y Velasco, que al salir por el foro tropieza con Gálvez y Montero, les habla bajo, señalando á Isidro, y desaparece.)

ESCENA XV

ISIDRO, MONTERO y GALVEZ.

ISID. Que me entienda yo con ellos. Lo dice así, como si no me atreviera. ¡Pues ni que me fueran á comer!

MONT. ¿Es usted el que desea hablarnos?

ISID. Sí, señor; pa decirles que puén ustés marcharse del pueblo cuando quieran.

GÁLV. ¿Es orden de la autoridad?

ISID. ¡Quiá, hombre! ¡qué tonto es usté! La autoridá no se tié que meter en eso.

GÁLV. Entonces...

ISID. El jefe de estación me ha dicho, dice: Isidro. vete avisando á tóos los viajeros, uno por uno, que si quien seguir el viaje los billetes valen pa el tren que sale á las diez y treinta; los que estén buenos, que lo aprovechen, y los que no estén entoavía buenos... que se alivien. Y como ustés me parece que están buenos...

MONT. Y dice que la marcha...

ISID. Toma, en seguida. Antes de diez minutos estoy aquí con el coche. Puén ustés esperar á la puerta, que tenemos prisa. Conque... hasta más ver, y que ustés lo pasen como es debido, y que no haiga novedá en los diez minutos. (Vase.)

GÁLV. Nos vamos, Montero.

MONT. Exactamente lo mismo que vinimos, amigo Gálvez.

GÁLV. Paciencia; puede que seamos más afortunados en otro descarrilamiento.

MONT. ¡Hombre! ¿Usted cree?...

GÁLV. ¡Quién sabe! Todavía falta bastante para que lleguemos á Logroño.

ESCENA XVI

DICHOS.—GAMBOA.—Luego el MARQUES.—VELASCO.

GAMB. (Saliendo muy contento por el foro.) ¡Vencidos, vencidos! ¡Están ustedes vencidos!

GÁLV. ¿Eh?

MONT. ¿Cómo?

GAMB. *El Aviso Ilustrado* se ha metido en el bolsillo á *La Independencia* y á *El Clarín*, para que se mueran ustedes de envidia.

MONT. Pero ¿qué le ha pasado á usted?

GAMB. Casi nada. ¿A que no saben ustedes lo que tengo yo en esta caja? ¡El retrato del marqués!

GÁLV. ¡Cómo! ¿consiguió usté sorprenderle?

GAMB. No; yo no he conseguido nada.

GÁLV. Entonces...

GAMB. Se ha colocado él delante del objetivo con toda la amabilidad del mundo. ¡Le tengo de frente, de perfil y de todas maneras! (Aparece el Marqués en la puerta del fondo. Le sigue Velasco.)

GÁLV. ¡Eh! pero ¿ha consentido?

MONT. Pero ¿se ha prestado voluntariamente?

MARQ. (Avanzando.) Sí, señores, sí; voluntariamente y dispuesto á salir de nuevo en las cajas de cerillas, aunque sea colgado de un árbol.

MONT. Eso quiere decir...

MARQ. Que en un hombre obscuro, en un cualquiera, acabo de ver un ejemplo de verdadera dignidad, y gracias á él he salido del error en que estaba por haber hecho á ustedes caso.

GÁLV. ¿A nosotros?

MARQ. A ustedes, á la opinión, al vulgo, á lo que sea aquello que me envolvió en una red de hostilidad implacable, me aisló del mundo y esterilizó mi empresa.. De pronto, por un incidente sin importancia, he comprendido que estaba ciego, que lo que creí valor era cobardía, y lo que juzgaba entereza de carácter, abatimiento del espíritu... Sí, señores, sí; vuelvo á la vida pública, al combate, á la derrota cien veces si es preciso. ¡Anúncienlo ustedes con las mil trompetas de la fama! Digan que Don Quijote hace su segunda salida, sin temor á trasgos ni vestiglos, á defender contra todos lo que cree bueno y justo, á arrostrar la impopularidad de nuevo y á dejarse despedazar por las turbas si llega el caso, porque ha comprendido que estaba cometiendo una torpeza insigne...

MONT. ¡Bien dicho! En cuanto la línea telegráfica esté expedita mandaré ese discurso.

GÁLV. Y se publicará antes que el de Villarrasa.

MARQ. Sí, y empezarán de nuevo los ataques furibundos, la lucha sin piedad ni cuartel. Pero ¿qué importa? Está escrito que todo el que emprende una grande obra ha de sufrir su

calvario. No se debe hacer el bien por el ansia del elogio, sino por satisfacción íntima; y no se debe dejar de hacer por miedo á la injusticia, ni á la ingratitud, ni á la misma deshonra.

MONT. Esa frase la transmito íntegra.

ESCENA XVI

DICHOS.—TERESA.—Al fin GASPAR.

TER. (Saliendo por la derecha con maletas y portamantas.) Aquí tienen ustedes su equipaje.

GAMB. ¡Qué actividad! Se ve que tiene usted gana de perdernos de vista.

TER. ¿Yo? ¡Por Dios!

GÁLV. (Al Marqués.) Pero ¿no tendrá usted la bondad de decirnos á quién se debe tan repentino cambio de ideas?

MARQ. Al secretario del Ayuntamiento, futuro esposo de mi ama de llaves.

GÁLV. ¡Ah!; pero ¿se casa usted con?...

VELASCO. (Como desafiando la calumnia anterior, seria y secamente.) Sí, señor, con...

MONT. ¡Comprendo lo del ejemplo. (A Velasco.) Hace usted bien. (Al Marqués.) ¡Hacen ustedes bien los dos!

GÁLV. Amigo, á mí se me adelantó usted en *El Eco de Avila* y á todos nos ha ganado por la mano, logrando sacar del ostracismo al marqués de Serrada... ¡Usted será un gran periodista si quiere!

GASP. (Asomándose á uno de los ventanales.) A la puerta está el coche.

GAMB. Pues en marcha.

MARQ. Esta noticia sí que merece telegrafiarse, señor Montero.

MONT. Merece más. Señores: saludemos con entusiasmo á nuestro compañero en la prensa.

GASP. (Entrando por el foro y tomando el rábano por las hojas.) Muchísimas gracias.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El grillo, periódico semanal, ídem id. id.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pajaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música dal maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque á la reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis ..?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo vadis ..?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante, en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talismán prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

Faldas por medio, sainete trágico en un acto y en prosa.

La perla del harem, cuento de damas, con adornos musicales del maes- Calleja.

Mano de santo, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, música de Rafael Calleja.

Sansón y Dalila, comedia en dos actos y en prosa.

Gloria in excelsis, revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Amadeo Vives.

El palacio de los duendes, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Vives y Serrano.

Las dos reinas, zarzuela en un acto, dividido en siete cuadros, música de Rafael Calleja y Tomás Barrera.

Nuestro compañero en la prensa, comedia en dos actos y en prosa.